

Pedro Amorós

EL TIEMPO DETENIDO

EL ROJO Y EL GRIS

Volumen 3



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

— ANAQUEL DE PENSAMIENTO, n.º 18 —

MADRID • MMXXI

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © PEDRO AMORÓS JUAN

De la edición © Cuadernos del Laberinto
www.cuadernosdelaberinto.com

Dirección de la colección: ALICIA ARÉS

Diseño de la colección: Absurda Fábula
www.absurdafabula.com

Fotografía de cubierta © Guilherme Rossi
Fotografía del autor en la solapa © Marlor

Primera edición: Noviembre 2021
I.S.B.N: 978-84-18997-03-7
Depósito legal: M-32436-2021

Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

www.cuadernosdelaberinto.com

A Ángel Montiel y José Antonio Molina

www.cuadernosdelaberinto.com

ÍNDICE

Prefacio	9
----------------	---

PRIMERA PARTE

1. Paisaje urbano	13
2. Libro y libertad	16
3. Momentos estelares de la humanidad	19
4. Gaudí espectral	23
5. Cine y literatura	26
6. Vida y escritura. Antón Chéjov y Natalia Ginzburg	30
7. La caverna de Julio Verne	33
8. La mirada de Proust	36
9. Recuerdos de Keynes	39
10. La casa de Salomón	42
11. Sonetos de amor	45
12. Tiepolo por Calasso	48
13. La melancolía de Larra	51

14. Exportar la libertad	54
15. La sociedad secular	57
16. La odisea de la plata española	61

SEGUNDA PARTE

17. El tiempo detenido	67
18. El romano	71
19. Chirbes	74
20. Kurosawa	78
21. Blas de Otero con la inmensa mayoría	81
22. La invención de la mitología	84
23. Las pequeñas virtudes	88
24. Una raza señalada	91
Bibliografía	95

P R E F A C I O

El inicio de mi travesía en el diario *La Opinión* se remonta al verano de 2018. En ese momento se estaba preparando la celebración del treinta aniversario del periódico y uno de sus más insignes redactores, Ángel Montiel, necesitaba un grupo de gente que pudiese colaborar en un número especial del diario que iba a conmemorar el singular evento. Fui reclutado en aquel momento, para participar en el libro que se iba a publicar, por José Antonio Molina, profesor de historia antigua en la Facultad de Letras, ensayista y fiel amigo. A raíz de aquella celebración, con la colaboración y el apoyo de Montiel, el grupo coordinado por Molina empezó a publicar en *La Opinión*, de forma semanal, con el nombre de «Grupo 30», ganándose con el paso del tiempo un sobrenombre peculiar, a saber, «el grupo de los filósofos». Algunos de los ensayos e historias de este libro, por lo tanto, han visto la luz en la columna que el «Grupo 30» tiene todavía a día de hoy, de forma casi milagrosa, en el periódico. Fue, pues, gracias a Molina que conocí a Montiel y fue gracias a los dos que inicié una columna propia en el periódico. Fue, finalmente, mi hermano, otro Amorós que escribe, quien me sugirió el título de la columna: «El árbol de la vida».

La mayor parte de los ensayos e historias de este libro han aparecido, pues, en esta sección, que también se sigue manteniendo de forma casi milagrosa a día de hoy. Según las indicaciones de Montiel, «El árbol de la vida» debía ser una columna de cultura en el sentido más amplio de la palabra, prolongando de este modo mi labor para el «Grupo 30». Los veinticuatro ensayos e historias de este libro, todos ellos publicados en el diario *La Opinión* de Murcia entre septiembre de 2018 y octubre de 2019, han aparecido por tanto en dos columnas diferentes, pero relacionadas entre sí, tal y como he tratado de explicar en estas líneas, como si fueran vasos comunicantes.

PEDRO AMORÓS

Murcia, 6 de enero de 2021, día de Reyes

PRIMERA PARTE

www.cuadernosdelaberinto.com

www.cuadernosdelaberinto.com

1. PAISAJE URBANO

La idea de progreso confunde nuestra mente, altera nuestra visión de las cosas. Tenemos la sensación, forjada como cualquier otra ilusión, de que el mundo avanza acelerado, sin pausa, siempre hacia el más allá y suponemos, estimulados por nuestra imaginación, que la sociedad galopa con frenética velocidad hacia el futuro. Pero olvidamos con frecuencia que, por encima de los cambios tecnológicos y antropológicos que se suceden sin reposo alguno, existen una serie de lugares entrañables que nos rodean, que permanecen ahí, envolviéndonos, ofreciéndonos la confianza necesaria ante el irremediable paso del tiempo. Como yo no estaré presente en el año 2048, me permito sugerir, porque así lo deseo, que no habrá grandes cambios en el paisaje urbano de Murcia, y, evidentemente, cuando hablo de Murcia, me refiero a esos lugares entrañables que inequívocamente definen la estructura de la ciudad. Ahora bien, entra dentro de lo posible que, mientras el núcleo central que define nuestra villa se mantenga inalterable en su esencia, los arrabales se extiendan adueñándose de las localidades vecinas, como si de los tentáculos de un invertebrado se tratase. Si pudiese caminar por las calles de Murcia en el año 2048 seguramente vería cómo se han alzado grandes rascacielos, formando un cinturón

que, a semejanza de una muralla, rodeará el casco antiguo de la ciudad. Esta disposición, que recuerda vagamente la estructura de las ciudades medievales por la división que establece entre lo que hay intramuros y más allá de las murallas, permitirá establecer una clara diferencia entre lo que subyace como eterno en el interior de Murcia y aquello que pertenece al mundo moderno, y que particularmente ya no siento como mío. El casco antiguo de Murcia quedará, pues, cerrado al tráfico, rodeado por un conjunto de rascacielos que marcarán una línea bien definida entre pasado y futuro, entre lo natural y lo artificioso, entre lo que permanece y lo que está sometido a un continuo movimiento, lo que evidenciará claramente en la ciudad una distinción entre nostálgicos y modernos. La zona intramuros de la ciudad se convertirá en un reducto para los melancólicos, para los que prefieren caminar por las calles centenarias apegados a los viejos edificios de Murcia, para los que reniegan de los vehículos y de la tecnología. Más allá de la muralla formada por los rascacielos es fácil adivinar que se moverá el dinero en abundancia, en oficinas instaladas en edificios de cristal. La creciente deshumanización permitirá ver a un enjambre de seres humanos dialogando con máquinas, aislados entre la multitud. Los vehículos transitarán exclusivamente por esta parte de la ciudad, el ocio y el ruido, distribuidos en grandes almacenes, se trasladarán también mayoritariamente a esta zona, con parques artificiales donde los niños podrán jugar de forma individual, cada uno con la máquina que le haya sido asignada. En

este estado de cosas será fácil contemplar calles solitarias en esta parte de la ciudad porque las máquinas, de todo tipo, se habrán adueñado del espacio urbano. La vigilancia en cada esquina, en cada plaza, en cada calle, se convertirá en algo corriente. La libertad vigilada desplazará a los seres humanos a sus cubículos, a sus casas, a los lugares donde permanecerán alerta, aislados. Será difícil ver en definitiva, en esta parte de la ciudad, una sonrisa que no sea un producto meramente artificial. Arrasada definitivamente la huerta gracias a los especuladores, no quedará en esta zona ningún detalle que recuerde el pasado, ningún atisbo de felicidad genuina, y ya se encargarán los políticos de turno, por si acaso, de justificar las transformaciones que se lleven a cabo ensalzando sus logros. Y al desaparecer los árboles que hermosean la ciudad se diluirá progresivamente ese olor tan genuino a jazmín, a jacintos y lilas. Y al desaparecer los campos de cultivo que enseñorean nuestra comarca se perderán los dones de la tierra. Pensando en estas cosas, si pudiese caminar por las calles de Murcia en el año 2048, seguramente atravesaría esa muralla artificial que dividirá la ciudad, y me adentraría en esos lugares entrañables de Murcia que me conceden la fuerza suficiente para seguir adelante, me acercaría tranquilamente a la Plaza de la Cruz y me sentaría allí, para contemplar en silencio la hermosa torre, símbolo de la ciudad. Y en el caso extraordinario y nada deseable de que en el año 2048 todo haya cambiado y nada quede del pasado, siempre tendría como refugio, eterno, meciéndose en la ciudad, el viejo río.

2. LIBRO Y LIBERTAD

Una colección de ensayos de Luciano Canfora se titula, de forma muy significativa, *Libro y libertad*. Antiguo y múltiple, tal como señala Canfora, el nexo entre libro y libertad, implícito en la palabra latina *liber*, se convierte en el hilo conductor de incontables historias relacionadas con el amor a los libros y las bibliotecas. Sabemos que los libros que yacen en los anaqueles de las bibliotecas nos dicen mucho de sus dueños. Así pues, por ejemplo, intuimos gracias a la biblioteca de Cristóbal Colón que su origen era posiblemente judío, y por los libros que leía Danton podemos deducir que no sentía excesiva pasión por la literatura antigua. A veces, las bibliotecas imaginadas en la literatura, como es el caso de la descrita por Montesquieu en las *Cartas persas*, nos ofrecen detalles de los libros que conformaban verdaderamente la biblioteca de esos autores. En ocasiones, como es el caso de Focio, los escritores nos hablan de libros que configuran una auténtica biblioteca perdida, o, en sentido contrario, como es el caso de Marino, describen una biblioteca imaginada. La biblioteca se puede convertir, a decir verdad, en una especie de paraíso, pero también en un pequeño infierno en el que anida acaso la locura. No es casualidad, en este sentido, que Canfora hable de la bibliomanía, esa especie de

obsesión por aglutinar libros y configurar enormes bibliotecas, una suerte de locura que se observa ya en el principado, cuando los patricios romanos empiezan a considerar que una biblioteca otorga prestigio a una casa señorial. Entre el amor a los libros que experimentan Cicerón y Varrón, ávidos lectores, y las observaciones de Séneca sobre la necesidad de seleccionar los libros de lectura media un espacio en el que se ha colado la idea de la biblioteca como un lugar de prestigio.

La desbordante cultura de Canfora permite enlazar el papel crucial que juega la biblioteca en la historia de *Le rouge et le noir*, de Stendhal, con la censura y posterior quema de libros en el famoso capítulo VII de *El Quijote*, o relacionar la huida de Don Quijote y Sancho para iniciar su aventura con la huida de Tolstoi, o, finalmente, vincular el efecto de los libros sobre la imaginación de Don Quijote con la locura que acontece a los habitantes de Abdera como consecuencia del impacto del teatro, de los versos de Eurípides, causantes —junto al calor tórrido— de una epidemia. Las historias que cuenta Canfora ponen en evidencia la obsesión que provocan los libros, como la locura que aconteció a J. G. Tinius, un pastor sajón capaz de cometer asesinatos para obtener dinero con el que comprar nuevos libros, o la historia de W. G. Struve, que sumergido en la lectura del Antiguo testamento había penetrado en un estado tan melancólico que renunciaba a leer otros libros. Pero, en última instancia, más allá de esta obsesiva presencia de un único libro en múltiples historias de escritores maniáticos, todo apunta